

De marginalidades sociales en transición a marginalidades económicas asistidas

“Lo que se ve y lo que no se ve forman una unidad que debe ser explicada como tal.”

Sergio Bagú

El objetivo de este trabajo es examinar algunas de las implicancias que sobre la integración social tienen la creciente marginación económica que en clave de “heterogeneidad estructural”¹ parece dominar el proceso de subdesarrollo argentino durante la actual etapa de globalización. Según las investigaciones que sustentan estas notas, la dinámica de exclusión social se habría profundizado con el proceso de liberalización económica generado por las reformas neoliberales de los años noventa, pero dado el carácter estructural del problema, las brechas de desigualdad y los niveles de pobreza extrema no habrían registrado cambios cualitativos a pesar de las mejores condiciones macro económicas y sociales introducidas por las políticas post-reformas (Salvia 2009; Salvia et al, 2008).

En este contexto, resulta relevante descifrar la trama que hace posible que los excedentes de población marginados participen de manera relativamente integrada de los procesos de reproducción social; es decir, sin que infrinjan alteraciones significativas al régimen político-institucional ni sobre el pacto de intereses que sostienen el patrón de concentración económica. Según el enfoque crítico que aquí sostiene, ni el giro post-reformas expresado en el discurso político-ideológico ni las mejores condiciones post-crisis logradas en materia de crecimiento y de empleo, constituirían explicaciones suficientes para entender la actual “*detente social*”.

Lejos de este tipo de simplificaciones, el presente trabajo procura ofrecer una línea de explicación alternativa fundada en la tesis de que el actual orden social no es independiente -al menos, en el caso argentino- del tipo de relación que se estableció entre los procesos de apertura comercial, liberalización económica e integración mundial, la dinámica de destrucción de sectores intermedios y de concentración de grandes capitales y el aumento de actividades informales de muy baja productividad asociados a la subsistencia de los nuevos excedentes de población generados por los factores anteriores.

* Investigador CONICET, director del Programa Cambio Estructural y Desigualdad Social con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires // <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia>

¹ De acuerdo a la literatura estructuralista latinoamericana, el desarrollo insuficiente de la densidad tecnológica en un determinado país no permite que el progreso técnico de algunas ramas se derrame en forma homogénea a todo el aparato productivo. Prebisch (1949, 1976), Singer (1950) y Pinto (1976) destacaron el dualismo del modelo de crecimiento regional, subrayando la existencia de un sector de alta productividad, fuertemente vinculado al mercado exterior, y otras actividades de muy baja productividad, vinculadas al mercado interno o a la simple subsistencia. De acuerdo con este enfoque, las actividades de subsistencia tienden a perdurar dado que se forma de una amplia oferta de mano de obra redundante, frente a las cuales las condiciones de desarrollo periférico no brindan solución (Prebisch, 1970: 69-70). La tesis de la heterogeneidad estructural fue profundizada por Aníbal Pinto con el fin de destacar los efectos regresivos de la concentración del progreso técnico sobre la integración productiva, los mercados de trabajo y, por ende, sobre la capacidad de integrar al desarrollo a los excedentes de población (Pinto, 1976: 33).

A lo que cabe agregar, como una pieza no menos importante, la introducción por parte del Estado de formas más eficientes de control social² en función de descomprimir la conflictividad generada por la dinámica de acumulación, dados sus efectos regresivos sobre la desigualdad y la exclusión. Es en este marco donde resulta de interés examinar algunos de los rasgos que ha asumido la producción de excedentes de población en clave a la vieja tesis de la “masa marginal” (Nun, Marín y Murmis, 1968; Nun, 1969; 2001); la cual parece fortalecerse en el contexto de un sistema capitalista cada vez más globalizado y de economías nacionales cada vez más heterogéneas (Salvia, 2007).

Sin duda, la cohesión social –o, al menos, un control social naturalizado- en un contexto como el descrito, constituye un desafío político-institucional más complejo y difícil de concretar que hace cincuenta, cuarenta o, incluso, treinta años atrás. En principio, los tradicionales procesos de modernización industrial experimentaron profundos fracasos que, entre otros efectos, profundizaron el atraso, la pobreza relativa y la desigualdad distributiva, incumpléndose de este modo la prometida transición hacia la modernidad. Por otra parte, aquellos aspectos estructurales que ponían límites a la integración social –la dependencia al mercado mundial y la heterogeneidad estructural interna- se habrían profundizado bajo el modelo de economía “abierto” surgido a partir de los procesos de expansión financiera y de las reformas estructurales ampliamente difundidas en la Región durante las últimas décadas del siglo XX.

De ahí que la marginalidad económica ya no adopte la forma piadosa de excedentes sociales eventualmente necesarios para el programa de modernización, sino que se constituya, más clara y abiertamente, en la expresión de sectores sobrantes, a los que –a través de políticas sociales eficientes, aunque costosas- es necesario recluir, controlar, auto-reproducir y coaptar con el objeto de evitar que emerja su potencial fuerza destructiva del orden político-económico. Para ello, incluso, cabe servirse de los propios recursos de subsistencia que en condiciones de pobreza ofrece la economía informal a través de las estrategias doméstico-comunitarias³. De tal modo que la nueva modernidad parece haber dado a luz –al menos en el caso argentino- una nueva matriz social de marginalidad económica y control social institucionalizado con amplia capacidad de auto reproducción y legitimación.

¿Siempre una misma marginalidad referenciada? Marginalidad social versus marginalidad económica

Antes de ahondar en el tratamiento de los temas planteados cabe hacer una pregunta de rigor: ¿en qué medida la noción de “marginalidad” que años atrás daba cuenta de los problemas de integración social asociados a los procesos de modernización industrial

² El concepto de control social aborda la compleja cuestión del orden social sobre el que está conformada una comunidad política. En este caso, bajo la noción de control social haremos referencia a los diversos procesos que intervienen en la naturalización de un tipo constituido de organización social. Estos procesos son conflictivos, complejos e inestables, implicando ordenamientos provisorios en constante re-definición (Pitch 1996; Pegoraro 1995).

³ Se sigue aquí la tradición académica de significar bajo el concepto de estrategias domésticas-familiares el campo de las relaciones y estrategias de tipo económico que tienen como agente al hogar o a algunos de sus miembros en función de proveer recursos para la reproducción del grupo (lo cual incluye actividades realizadas con medios de producción propios, empleos asalariados o autoempleos remunerados e, incluso, las tareas domésticas). Si bien esta tradición tiene amplios antecedentes, cabe al menos mencionar los trabajos inspiradores de Lomnitz, (1975); Torrado (1978); Margulis (1980); Jelin (1980); Arguello (1981); Barsotti (1981); García, Muñoz y Oliveira (1982); Oliveira y Salles (1986); Cortés y Cuéllar (1990); y González de la Rocha (1987); entre otros.

sigue siendo válida para comprender los efectos de exclusión que se generan bajo la actual expansión global del capitalismo financiero?⁴

La vinculación entre los cambios estructurales de fines del siglo XX, el quiebre regresivo de las oportunidades de movilidad social de amplios sectores y el aumento de la desigualdad económica que deja “afuera” de la nueva ola modernizadora a determinados sectores sociales, constituye una evidencia empírica ampliamente aceptada en la literatura especializada. En este marco, el concepto de “marginalidad” – mucho más que el de pobreza- adquiere una relevancia creciente. Sin embargo, cabe advertir que por mucho que lo mencionados cambios se correspondan con consecuencias sociales no previstas, esto no implica la elaboración de una descripción acertada, ni una comprensión adecuada de la problemática a la que se pretende hacer referencia con dicho concepto. De ahí que sea fundamental aclarar a qué universo de problemas hacemos referencia cuándo hablamos de “marginalidad”.

En este sentido, cabe recordar que el término “marginalidad” no es nuevo en la literatura de las ciencias sociales latinoamericanas, y que desde su origen su significado no estuvo ajeno a controversias. En principio, hace más de cincuenta años destacados investigadores como Gino Germani se preocuparon por estudiar a aquellos sectores tradicionales, psicológicamente resistentes a lo que se creía era una desordenada pero valiente transición hacia la modernidad. Desde esta perspectiva, el fenómeno de la marginalidad se explicaba por la resistencia cultural de dichos sectores a incorporar las pautas fundamentales de la vida moderna⁵.

Es justo reconocer que esta particular tradición académica descubrió el problema de la “marginalidad” en el marco del discurso político-institucional del Estado desarrollista. A mediados del siglo XX se denominaban “marginales” a los asentamientos urbanos periféricos generados a partir de las masivas migraciones internas e internacionales a las ciudades industriales. Los referentes ecológicos del término eran claros, dado que hacían referencia a las viviendas situadas al borde de las ciudades, carentes de condiciones mínimas de habitabilidad. Sin embargo, muy pronto este significado se extendió a toda vivienda precaria o asentada sobre terrenos ocupados ilegalmente, relegando a un segundo plano la localización física de la misma. A partir de aquí el término se amplió a las condiciones de trabajo y al nivel de vida de los habitantes de viviendas precarias o a residentes en espacios segregados, advirtiéndose que tal estado de marginalidad alcanzaba otros aspectos esenciales, tales como la participación política, sindical, comunitaria, así como en el orden de las instituciones y estructuras más amplias. Del mismo modo, se advirtió que estos patrones se correspondían a formas particulares de organización familiar, valores, normas y costumbres de vida, con la

⁴ Esta pregunta es importante debido a que muchas veces no es claro el alcance y significado de los conceptos que se utilizan para describir la realidad social, y, en otros casos, a que la emergencia de nuevos fenómenos hace que viejos conceptos ya no se ajusten a las nuevas realidades sociales. Este el caso del concepto de “marginalidad”, el cual parece estar afectado por ambos problemas, a pesar de su relevancia teórica y empírica se mantiene en alto e, incluso, parece crecer con el tiempo.

⁵ La primera conceptualización que en América Latina intentó dar cuenta del variado mundo económico, social y cultural de los sectores marginados fue la desarrollada por Centro de Desarrollo Social de América Latina creado en Santiago de Chile en 1965 (DESAL, 1965). En este caso, el concepto de “marginalidad” procuró ajustarse a los supuestos de la denominada “teoría de la modernización”. Los argumentos de esta perspectiva presentaban un fuerte componente rostowiano. A partir del mismo resultaba lógico entender que la marginalidad constituía una expresión estructural del subdesarrollo, cuyo “círculo vicioso” podría ser superado siempre y cuando se difundieran a nivel individual y colectivo las instituciones y los valores de la modernidad: mayor división social del trabajo, educación, valores ciudadanos, participación cívica, etc., es decir, se creasen las condiciones sociales necesarias para superar el atraso histórico (Germani, 1962, 1973).

ausencia generalizada de una identidad integrada en el ámbito nacional y la dominancia de fuertes localismos culturales de origen rural.

Frente a esta representación de la “marginalidad social”, una serie de autores -tales como Quijano, Pinto, Nun, Murmis, entre otros- interpusieron una interpretación que contrariaba el sentido común académico de la época. Ellos argumentaron que los sectores marginados a los que hacía referencia la teoría de la transición no eran otra cosa que el resultado necesario -inevitable- de las reglas de funcionamiento de un capitalismo periférico de enclave integrado al mercado mundial. Esta tesis surgió de una revisión tanto de las teorías marxistas y del estructuralismo de CEPAL, en boga en ese momento, buscando hacer inteligible los fenómenos de desempleo, subempleo y pobreza como fenómenos estructurales intrínsecos al modelo de desarrollo vigente. La marginalidad económica lo era no con respecto a una “norma”, sino frente a las “relaciones sociales de producción” dominantes en la Región. El planteo tenía un claro sentido de oposición a las tesis desarrollistas que argumentaban en favor de una mayor integración al mercado mundial y apertura a las inversiones extranjeras⁶.

Ahora bien, en los años setenta, este incipiente debate teórico debió ser abandonado por quienes llevaron las de perder en el campo político. Sin embargo, la historia económica y social de América Latina –y cada vez más la de la Argentina- no dejó de entrelazarse con los fenómenos a los que se hacían referencia con ambas tesis⁷. Los nuevos pobres surgidos de las crisis fiscales, los procesos inflacionarios y las políticas de ajuste han seguido siendo interpretados no al margen de esta tradición.

1) Para la primera de las miradas que busca resolver los problemas de integración y cohesión social que generan los procesos de modernización (que a manera referencial podemos calificar de “desarrollista”), la marginalidad está actualmente asociada con los nuevos procesos de transición demográfica, reformas económicas, participación ciudadana y democratización política, entre otras dimensiones. La condición de marginal se asocia generalmente a situaciones de pobreza, desempleo y bajo capital humano. Su reproducción se explica por los ciclos reiterados de inestabilidad económica y las limitaciones de las políticas públicas para garantizar un adecuado acceso a educación, salud, seguridad social, vivienda digna, redes sociales de participación, etc. A pesar del importante desafío que significa revertir estas barreras, el desarrollismo tiene fe en el progreso. Desde esta perspectiva, un crecimiento económico continuo–asistido por el financiamiento internacional- haría posible superar esta historia de atraso.

2) Para la segunda interpretación que procura explicar la desintegración social persistente (que a fines también descriptivos podemos denominar “estructuralista”), la marginalidad es el resultado de un modo de integración de una economía nacional a la economía mundial, así como también de organizar la producción y distribuir en forma desigual la riqueza. Un modo que por su naturaleza deja forzosamente afuera a amplios sectores sociales, incluso aunque los mismos logren acceder de manera parcial a los beneficios de las políticas públicas. De ahí que, bajo este escenario, el problema no es de fácil resolución. Para el estructuralismo no es sólo cuestión de crecer ni de aumentar la inversión o el gasto social, sino que debe redefinirse de manera sustancial el modelo de desarrollo, la distribución de los capitales y del ingreso y el papel del Estado, por lo

⁶ Estos esfuerzos llevaron a la formulación de términos relativamente similares para designar tales fenómenos: por una parte, “masa marginal” (Nun, Marín y Murmis, 1968; Nun, 1969) y, por otro, “polo marginal” (Quijano, 1970).

⁷ Sin embargo, no debe descartarse la hipótesis de que ambos campos de fenómenos existan, formando parte de una misma realidad social, y por lo tanto, el problema sea en realidad la falta de una teoría capaz de dar cuenta de manera integral de dicha dualidad.

cual el problema pasa centralmente a depender del “pacto de dominación” bajo el que se sustenta y legitima un proyecto político-económico de este tipo.

Es evidente que en el marco de esta manifiesta dualidad político-ideológico, las complejas realidades sociales a las se hace referencia con el término de “marginalidad” no son las mismas según el punto de vista desde el cual se parta. Para la primera lectura los nuevos pobres urbanos surgidos de las migraciones a las ciudades, las crisis fiscales y las políticas de ajuste son “marginados culturales” de una transición inestable y desordenada. En cambio, para la lectura opuesta, la “marginalidad económica” es el resultado de un modo de desarrollo concentrado, incapaz de incluir al conjunto de la población a un programa de desarrollo e integración social. Al respecto, cabe destacar que este trabajo habrá de retomar la segunda de las perspectivas, en donde por definición la “marginalidad” adopta un rasgo estructural.

Un cuadro histórico de marginalidades acumuladas bajo las promesas de la modernización

Es sabido que la Argentina fue un ejemplo de avanzada modernización en América Latina. La expansión de la educación, la temprana industrialización sustitutiva, la rápida transición demográfica, la amplia extensión de un Estado con capacidad de atender demandas sociales universales, lograron la rápida asimilación social de amplios sectores con muy bajos niveles de analfabetismo, desempleo, indigencia y sin enfermedades crónicas masivas. En este contexto quienes estaban bajo una situación de marginalidad eran apenas mano de obra en lista de espera, susceptibles de inclusión a través del mercado de trabajo o del empleo público, o, en última instancia, eran aquellos que podían ser atendidos a través de políticas asistenciales, mientras el cambio generacional hacía su trabajo.

Pero cierto es también que determinas regiones y grupos sociales quedaron segregados de los frutos de esa modernidad virtuosa. En un contexto de heterogeneidad estructural, las crisis económicas, el creciente déficit fiscal y las políticas de ajuste de los años setenta y ochenta limaron tanto la capacidad del Estado para completar la transición (extendiendo los servicios sociales universales) como para proveer de estabilidad a las últimas camadas de la transición. De esta manera, se fue cristalizando la exclusión social de los segmentos más rezagados (comunidades aborígenes, campesinos pobres, migrantes internos tardíos o limítrofes, entre otros). Ahora bien, al mismo tiempo, comenzaron a emerger los llamados “nuevos pobres”: sectores medios afectados por el deterioro del mercado de trabajo, los procesos inflacionarios y el declive del pseudo-estado de bienestar. Amplios sectores originariamente incluidos en la modernidad, lo cuales había experimentado una fuerte movilidad intergeneracional ascendente, comenzaron a estancarse y retroceder frente a una economía en crisis sometida a políticas de ajuste y a procesos de reestructuración (Minujin y Kessler, 1995; Svampa y González Bombal, 2001).

De esta manera, pasada la “época de oro”, la marginalidad estructural parecía emerger, y los desafíos por delante ya no eran tan simples. A los marginados sin historia de modernidad, se sumaron los “arrojados” a la marginalidad por la propia modernidad. Ambos grupos sociales –antiguos y nuevos pobres–, aunque por diferentes motivos, se convirtieron en los hijos finalmente “abandonados” por el frustrado proceso de desarrollo industrial orientado hacia el mercado interno.

Es en ese momento que irrumpe en la Argentina –a igual que en la mayoría de los países de América Latina–, una nueva ola modernizadora acompañada de reformas estructurales: mayor apertura comercial, libertad para los mercados, flexibilidad laboral,

retirada del Estado y también mayor libertad para una variedad de renovados negocios financieros. Todo ello en el marco de los procesos de globalización y de la mano de los consejos vertidos por el Consenso de Washington⁸. Según el pronóstico, a través de las fuerzas liberadas por los mercados, después de una dolosa pero necesaria transición, la expansión de los sectores más dinámicos habría de absorber a los sectores más atrasados, a manera de un “derrame” progresivo, produciendo una convergencia virtuosa. La condición necesaria era que el Estado no debía intervenir en el libre funcionamiento de los mercados.

Este modelo puesto en práctica de manera drástica durante los años noventa generó un desplazamiento de pequeños empresarios, trabajadores asalariados, cuenta propias no profesionales, todos ellos vinculados a la producción de bienes y servicios dirigidos al mercado interno, desconectados de las actividades más dinámicas y concentradas lideradas por sectores privados más integrados al mercado mundial. En este contexto se agravó aún más la situación de las capas más pobres caídas en desgracia durante la década anterior. En ambos casos, la ausencia de oportunidades laborales, de un sistema de seguridad social y de redes asociativas, fue dando forma a nueva capa de marginalidad estructural. Estos sectores sufrieron no sólo el abandono institucional sino la devaluación creciente de sus capitales económicos, culturales y sociales.

La contra parte de este proceso fue una mayor concentración económica alrededor de unos pocos grupos financieros trasnacionales y locales, lo cual implicó el ascenso de técnicos, obreros calificados, profesionales, rentistas e inversores financieros, directores de grandes empresas y nuevos empresarios, quienes no sólo lograban, gracias a la liberalización económica, mejorar su calidad de vida, sino también experimentar una importante movilidad social. Es decir, no todo eran penumbras durante esta nueva ola modernizadora; aunque cabe destacarlo, las luces y las sombras no parecían formar parte del mismo cuadro, aunque de hecho sí lo eran.

Como respuesta a esta situación, el conjunto de los sectores excluidos, cada uno a partir de sus propios recursos, reaccionaron con mayor o menor suerte a través de una variada gama de estrategias individuales y colectivas de subsistencia. En general, por fuera de los circuitos formales y legales de producción, intercambio y participación política, pero sostenidas en las demandas de consumo e insumos de los sectores dinámicos, las cuales llegaban por “goteo”. En este marco, la economía informal de subsistencia –incluso los programas sociales focalizados a cargo del Estado y asociadas a empleos de baja productividad-, se constituyeron en los principales modos de ganarse la vida para amplios sectores de excluidos, pobres estructurales o recientemente empobrecidos.

A fines de la década de los noventa la crisis financiera también llegó a la Argentina, produciendo recesión, una nueva devaluación y el derrumbe socioeconómico más importante de la historia contemporánea del país. El efecto inmediato fue el aumento del desempleo, la indigencia y de la pobreza de todo tipo, y, en este marco -a igual que en 1989-1990-, la reacción social se convirtió en una forma de ampliar el campo de las estrategias de subsistencia de viejos y nuevos sectores desplazados (Svampa, 2003). Frente a ello, el Estado buscó contener y encauzar la crítica situación social a través de una mayor extensión de los programas de asistencia alimentaria, sanitaria y transferencia condicionada de ingresos (Jefas/es de Hogar Desocupados, Plan Familias

⁸ A lo que cabe agregar, en el caso argentino, la vigencia durante una década de un sistema de cambio fijo en paridad con el dólar conocido como “régimen de convertibilidad”, factor que llevó a un rápido desplazamiento de fracciones empresarias y sectores obreros vinculados a sectores industriales y comerciales tradicionales.

por la Inclusión Social, Programas de Empleo Comunitarios, entre otros). En ese momento la pobreza de ingresos afectaba a más del 45% de la población urbana.

En el marco de este escenario, a principio del nuevo siglo los “marginados” pasaron a constituirse en un conjunto complejo y fragmentado de sectores y fracciones sociales de diferente extracción y posición relativa dentro de la estructura social. Sin duda, los menos vulnerables a la exclusión, aunque no menos afectados por la crisis, fueron los sectores de clase media asalariada y no asalariada, despojados de empleos seguros y de recursos de capital, pero que mantuvieron en pie sus redes familiares y la protección de instituciones profesionales, gremiales y políticas. Dentro de este grupo corresponde incluir a sectores con formación técnica y profesional que llenaron los consulados extranjeros en procura de mejores oportunidades de empleo, los assembleístas que demandaban mejoras en los servicios públicos o de seguridad, las colas de ahorristas que demandaba por derechos de propiedad, los movimientos barriales que exigían cumplimiento de las promesas de inversión en infraestructura, entre otras expresiones.

Junto a ellos, también tomaron estado público los componentes de una marginalidad económica más estructural formada por una más amplia constelación de sectores excluidos de los mercados formales, afectados por la caída del consumo de las clases medias, obligados a desplegar variadas estrategias de subsistencia, incluyendo el acceso a la asistencia pública. En algunos casos, a través de lo que hemos denominado “economías sociales de la pobreza” (ferias de trueque, cooperativas de productores, labores comunitarias, etc.), o, en su gran mayoría, a través de “changas de indigencia” de variada naturaleza (cartoneros, vendedores ambulantes, limpia-vidrios, prácticas laborales de mendicidad, colas de feria, tráfico ilegal, etc.). Pero junto a esta proliferación de actividades informales de pobres para pobres, también se hizo presente la movilización colectiva vía formas muchas veces radicalizadas de reclamo (piquetes callejeros, tomas de empresas, tomas de edificios públicos, etc.). Frente a este cuadro de situación apuntaron los programas públicos de transferencia condicionada de ingresos, a través de los cuales el Estado buscaba tanto calmar los reclamos sociales como responder a la demanda de mayor cohesión social formulada desde la sociedad de los incluidos y los principales protagonistas político-económicos.

Pero pasado lo peor de la crisis financiera 2001-2002 comenzó en la Argentina –en un contexto internacional especialmente favorable- un rápido proceso de recuperación económica, motorizado por el aumento de las exportaciones y una activa recuperación del mercado interno a través del mantenimiento de un tipo de cambio alto, políticas de ingresos y regulaciones de precios. En efecto, desde 2003 hasta principio –al menos- de 2008, los cambios en la política macroeconómica implicaron una importante recuperación de las exportaciones, la actividad industrial, el consumo, el empleo y el salario, todo lo cual generó un fuerte caída del desempleo y una reducción de la pobreza, reincorporando rápidamente a la vida económica y social activa a los sectores medios y trabajadores asalariados afectados por el derrumbe final del programa de reformas. Para ellos, el proceso fue –y es todavía- de movilidad y progreso, incluso, alcanzando mejoras reales superiores a las logradas en los mejores momentos del período de auge del modelo de liberalización económica durante la década del noventa.

Sin embargo, otra fue la dinámica de las capas inferiores de la marginalidad. Para ellas, el nuevo modelo económico permitió ampliar las capacidades de subsistencia y el consumo, pero ello ha estado lejos de significar una transformación en las condiciones

materiales y simbólicas de exclusión económica y social⁹. En este caso, una vez más, al igual que en la década del noventa, el derrame económico sólo operó sobre la sociedad integrada, mientras que se tradujo en “goteo” para la sociedad estructuralmente marginada. De tal modo que cabe poner en duda aquellos argumentos que se aferran en sostener que en la reciente fase de crecimiento de la economía (2003-2008), bajo el modelo político-económico post-devaluación, está teniendo lugar un cambio cualitativo en el régimen de empleo y en la condición social de los sectores excluidos. En particular, no porque no haya evidencias que demuestren mejoras importantes en materia socioeconómica durante los últimos años (aumento del nivel de empleo, reducción del desempleo y caída de las tasas de pobreza e indigencia), sino porque el núcleo duro de la marginalidad y de la desigualdad distributiva sigue inalterado, en cuanto a las condiciones vigentes de producción y reproducción de la vida social.

Cuadro 1
Distribución de la fuerza de trabajo y brecha de ingresos por condición ocupacional y segmento de empleo según período histórico. Población de 18 años y más. Aglomerados urbanos: 1998, 2001, 2003 y 2006. En porcentajes.

	Período de Reformas		Período Post-Reformas	
	1998	2001	2003	2006
	Auge	Pre-Crisis	Post-Crisis	Auge
Total de la Fuerza de Trabajo	100%	100%	100%	100%
Empleos Estables	41,0%	34,8%	30,7%	43,3%
Empleos Precarios	31,0%	28,0%	22,4%	27,3%
Subempleos Indigentes	9,0%	8,7%	25,7%	16,1%
Desempleo < 6 meses	9,3%	13,3%	8,3%	6,2%
Desempleo >=6 meses	7,0%	11,6%	9,7%	4,3%
Desaliento Laboral	2,7%	3,6%	3,2%	2,8%
Fuerza de Trabajo Ocupada	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total Sector Privado Formal	38,6%	35,6%	33,0%	38,9%
Total Sector Público	15,1%	16,2%	20,3%	16,4%
<i>Programas Sociales de Empleo</i>	(0,8%)	(1,3%)	(5,5%)	(2,1%)
Total Sector Privado Informal	46,3%	48,2%	46,7%	44,7%
Brecha de Ingresos (media=100)	100	100	100	100
Sector Privado Formal	120,3	125,1	127,5	122,3
Sector Público (exc. Prog. Empleo)	118,7	128,6	121,9	127,7
Sector Privado Informal	-134,2	-139,4	-138,1	-140,4

Fuente: Salvia et al. (2008) con base en datos de la EPH – INDEC. Onda Octubre 1998 y 2001 (EPH puntual) y Segundo Semestre 2003 y 2006 (EPH continua), con valores estimados en 1998 y 2001 a partir de empalme de encuestas Onda Mayo/Primer Semestre 2003.

De acuerdo con la información resulta evidente que las mejoras ocurridas durante el período post-reformas, en términos de la participación de la fuerza de trabajo en empleos plenos de inclusión (protegidos por la seguridad social), lo fueron con respecto a la fase recesiva previa a la crisis, pero no con relación al techo establecido por el modelo neoliberal. Del mismo modo, salta a la observación que las menores tasas de

⁹ A nivel de estudio con datos estadísticos agregados puede consultarse Salvia et al. (2008). En el mismo sentido, como inferencia resultante de estudios de caso pueden consultarse las compilaciones de artículos reunidos en Mallimaci y Salvia (2005) y Salvia y Chávez Molina (2007), en donde se analizan las condiciones de vida y las trayectorias laborales de una amplia gama de segmentos sociales que continúan sobreviviendo en un contexto de marginalidad económica y sin salir de la pobreza, a pesar del crecimiento económico.

desocupación se explican fundamentalmente por el incremento que experimentaron los subempleos marginales (con ingresos por debajo del nivel de subsistencia) –incluyendo la masa de beneficiarios de programas públicos de empleo-. En este sentido, resulta exacto afirmar que en términos de composición sectorial del empleo, nada o muy poco parece haber cambiado sustantivamente entre los momentos de auge de ambos modelos. Salvo el vertiginoso aumento que registraron los empleos asistidos entre 2001 y 2003. Igual resultado se observa en términos de ingresos comparados: la brecha de ingresos entre sectores modernos e informales, lejos de reducirse, tendió incluso a aumentar¹⁰.

De este modo, pasadas la reformas neoliberales, las promesas de modernización continúan encontrando un techo de realización; lo cual parece depender menos de la voluntad política de los actores que de las condiciones estructurales de desarrollo que impone la situación de país periférico y el actual contexto de globalización. Al menos en la Argentina, tanto durante la segunda parte del siglo XX como a lo largo de la primera década del siglo XXI, llama la atención la invariabilidad –sea cual fuese el modelo macroeconómico, el sistema político o el discurso de gobierno- de las consecuencias predichas por la tesis de la heterogeneidad estructural: aumento de los excedentes absolutos de población, de la pobreza asociada a la informalidad laboral y la desigualdad económica¹¹.

Globalización, cambios en las condiciones de producción y reproducción social y nueva marginalidad económica

Durante mucho tiempo, tal como sabemos, el desarrollo industrial logró incorporar al trabajo asalariado y hacer participar del mercado de consumo –incluso en las economías de la periferia- a segmentos cada vez más amplios de población desplazada de las economías y formas de producción más atrasadas y tradicionales. En función de este cometido, el sistema capitalista debió enfrentar férreas resistencias planteadas por los modos mercantiles más tradicionales de reproducción social. En este contexto, cabe recordar que la formación de un “ejército industrial de reserva” en una economía capitalista parece depender menos de las tendencias demográficas que de la dinámica de acumulación de capitales (aumento de la composición orgánica del capital), la destrucción de formas más atrasadas de reproducción social (en particular, las economías de subsistencia) y, por último, la capacidad político-institucional de someter a procesos de proletarianización los excedentes de población generados por las condiciones anteriores.

Ahora bien, ¿qué ocurre sobre la constitución y función de tales excedentes relativos cuando la dinámica de acumulación dominante no depende de procesos generalizados de acumulación originaria y de proletarianización de nuevos contingentes de fuerza de trabajo, sea a escala local, nacional, regional o internacional? En este sentido, creemos que cabe reconocer la más reciente emergencia de una heterogénea “masa marginal”, en ningún sentido “necesariamente” funcional a la dinámica dominante de acumulación ni al régimen político. El contexto que da lugar a esta reaparición se enmarca en los

¹⁰ De ahí que a pesar de haber crecido la economía argentina más de un 40% entre 2003 y 2008, al menos un tercio de la población urbana se mantenga por debajo de la línea de pobreza y un 10% se encuentre en situación de indigencia, hayan aumentado el número de las villas miserias y de los asentamientos precarios, entre otros indicadores de marginalidad estructural.

¹¹ Estas observaciones resultan consistentes con no pocas investigaciones fundadas en estudios de caso que dan cuenta de la emergencia de formas de subsistencia que funcionan suficientemente integradas a economías de la marginalidad, así como a redes político-institucionales de contención y control social (clientelismo político, organizaciones sociales, fundaciones y empresas impulsoras de proyectos comunitarios, etc.). Véase, por ejemplo, Gutiérrez (2004), además de los trabajos compilados en Mallimaci y Salvia, 2005 y en Salvia y Chávez, 2007.

procesos de apertura, reestructuración y desregulación económica que continúa imponiendo la dinámica de globalización a escala nacional, regional e internacional.

Al respecto, resulta necesario recordar que la teoría de marginalidad económica denominó “masa marginal” (Nun, Marín y Murmis, 1968; Nun, 1969, 2001) a la parte de la superpoblación relativa que, bajo un contexto de capitalismo periférico abierto al capitalismo monopólico mundial y sometido a un patrón de heterogeneidad estructural, no se constituye necesariamente en “ejército industrial de reserva” para el sector más concentrado que lidera la dinámica de acumulación, ni cumple funciones de “abaratamiento” sobre las remuneraciones en tales sectores¹².

A diferencia de los términos de marginalidad tradicional o de exclusión social¹³, la “marginalidad económica” parte de reconocer que los excedentes de población que genera el capitalismo periférico son marginales respecto a una matriz socioeconómica y político- institucional que reproduce las relaciones sociales que determinan tales funcionamientos. Justamente, este tipo de comportamiento sistémico encuentra particular vigencia y alcance en aquellos sistemas estructuralmente heterogéneos, en donde se combinan enclaves altamente productivos u oligopolios, presencia de una extendida economía informal de subsistencia y una débil capacidad de intervención del Estado en los procesos de desarrollo e integración social.

Según este enfoque, en el actual contexto, la fuerza de trabajo que forma parte de la superpoblación excedente habrá de presentar un comportamiento variable, dependiendo del ciclo económico, pudiendo constituirse en: (a) ejército industrial de reserva disponible para los sectores modernos concentrados o intermedios de un sistema estructuralmente heterogéneo; (b) en fuerza de trabajo al servicio de empresas “cuasi-informales” subordinadas a los sectores dinámicos; o (c) en “masa marginal”, es decir, en fuerza de trabajo sobrante o excluida de los mercados regulados por el propio Estado y de la dinámica de acumulación a cargo de los sectores más concentrados de la economía¹⁴.

Pero si bien esta tesis encontró relativa relevancia en el contexto de los programas de desarrollo industrial sustitutivo, parece alcanzar especial fuerza cuando se examina la dinámica de acumulación de una economía periférica en el marco de la actual etapa de globalización capitalista. Bajo estas condiciones, una serie de factores como el cambio tecnológico, el papel dominante que ejerce la acumulación financiera, la concentración de capitales y las nuevas modalidades de integración que experimentan los mercados a

¹² Para el enfoque mencionado, los sectores no monopólicos, las actividades precapitalistas y la economía de subsistencia ocupan trabajadores que conforman una población excedente ‘no funcional’ a los sectores monopólicos. Esta tesis se opuso en su momento a quienes argumentaban que toda la superpoblación relativa constituía el ejército industrial de reserva (Lange, 1966, Sweezy, 1958; Cardoso, 1970), dando lugar a principio de la década del setenta a un interesante debate teórico entre Nun y Cardoso, el cual fue recogido por la Revista Mexicana de Sociología.

¹³ Nun sostiene que en la década de los años noventa el concepto de exclusión social abordaba los temas que las ciencias sociales ya se planteaban en la década del sesenta en América Latina (Nun, 2001: 30). Sin embargo, la supuesta cercanía de este concepto y el de “masa marginal” es sólo aparente. El término “exclusión social” no considera las particulares condiciones de los sistemas económicos y políticos sometidos a modelos capitalista de desarrollo dependiente. En igual sentido, Cortés (2006), ampliando esta idea, hace una sugerente notación teórico-metodológica entre los significados de ambos términos, destacando sus diferentes raíces epistemológicas y capacidades heurísticas; también véase Salvia (2007).

¹⁴ En el marco de esta perspectiva, dado que la demanda de trabajo en los sectores capitalistas más concentrados e intermedios depende de la tasa de acumulación de los primeros, y que, al mismo tiempo, el mercado de trabajo funciona de manera segmentada, la magnitud del sector de subsistencia marginal tiene un carácter residual y resulta de restar al total de la oferta laboral, el empleo en el sector capitalista formal e intermedio, incluida la parte de la oferta desocupada que funciona como ejército industrial de reserva para los sectores capitalistas modernos.

escala mundial, tienden a reproducir en forma ampliada –sobre todo en la periferia- la formación de una población excedente muy poco funcional a estos procesos. De esta manera, un rasgo estructural del actual modelo económico periférico sería la escasa necesidad relativa que pueden tener los grandes grupos económicos de que las formaciones nacionales cuenten con amplios contingentes de fuerza de trabajo en situación de “disponibilidad”.

Por lo mismo, a pesar del dinamismo que tuvo el capitalismo industrial durante el siglo XX, e, incluso en la actualidad, una parte importante de la población que habita en sociedades subdesarrolladas continúa reproduciéndose bajo formas subordinadas a las estrategias de acumulación que dominan el mercado mundial capitalista. Este fenómeno se evidencia a través del estancamiento relativo que registra a nivel global el empleo asalariado en los sectores dinámicos, así como del resurgimiento de variadas economías de subsistencia fundadas en organizaciones domésticas o comunitarias. En ambos casos, como resultado de dos procesos claves en interacción: por una parte, el carácter heterogéneo y parcial que continúa teniendo el desarrollo económico en la periferia; y, por otra parte, como efecto de los procesos de reestructuración productiva, apertura comercial y concentración económica que experimentó de manera especial el capitalismo periférico en la actual fase de mundialización.

Ahora bien, dado la magnitud que pueden llegar a tener estos excedentes, su existencia misma fuera del control social puede constituirse en “disfuncional” tanto para la dinámica ampliada de acumulación como para el obligado papel de control y garante de la paz social que debe desempeñar el Estado. Esto debido en particular a que el aumento absoluto de la población excedente significa una mayor presión por parte de los hogares sobre los mercados informales y sobre la capacidad de gestionar por parte del Estado periférico las crecientes demandas comunitarias de asistencia económica, seguridad ciudadana, cohesión social, etc.; no pudiendo uno ni otro resolver el problema de fondo ni sus efectos político-institucionales.

Como parte de estas tendencias no es extraño que los procesos de reproducción social y, en particular, la propia gestión de las políticas sociales, sean sometidos a particulares tensiones. En los hechos, estas tensiones se hacen visibles en la persistente precariedad que experimenta el mercado de trabajo de actividades de subsistencia, la conflictividad que despierta la puja distributiva –entre pobres y sectores medios- alrededor de los escasos recursos disponibles en materia de gasto social, y, por último, a través de la ineficiencia que muestran tener las políticas de empleo, transferencia de ingresos y regulación laboral para contener y encauzar la reproducción social en condiciones de mayor integración social. Por otra parte, siguiendo la teoría, cabría también esperar que dada la mayor concentración de capital y la mayor brecha tecnológica al interior de los sistemas económicos, la constitución –aunque variable- de excedentes de fuerza de trabajo con funciones de “masa marginal” –no funcional- frente al sector más moderno y concentrado de la economía, ocurra no sólo en los ciclos recesivos sino también de expansión, y que las propias políticas públicas de empleo, capacitación y transferencia de ingresos hacia los sectores pobres, contribuyan –paradójicamente- en igual sentido.

¿Por qué esto último? Debido fundamentalmente a que dado la composición del capitalismo periférico, la condición de masas de población excedentes no se resuelve con el sólo crecimiento de los sectores modernos más concentrados, a la vez que el efecto “goteo” sobre los sectores informales no hace más que potenciar la atracción migratoria y la expansión social de tales excedentes. Por otra parte, su crecimiento en contexto de crisis constituye el efecto del papel refugio que tiene la informalidad de subsistencia cuando el desempleo abierto alcanza a los sectores intermedios, sin que

exista un sistema de seguridad social capaz de dar efectiva inclusión a la población excluida. Frente a lo que los programas de empleo, de capacitación laboral y de transferencia condicionada de ingresos resultan inocuos para tal efecto. Todo lo cual no deja de tener consecuencias regresivas sobre la distribución del ingreso en tanto que la dinámica de acumulación por parte de los sectores modernos continúa su marcha¹⁵.

De este modo, el impacto de la actual dinámica global de acumulación sobre la capacidad del sistema para absorber y gestionar los excedentes estructurales de población habrá de depender de: i) la demanda agregada de empleo que sea capaz de generar o destruir el modelo de acumulación de economía “abierta” (según la fase del ciclo en que se encuentre), ii) el autoempleo o empleo informal que sean capaz de generar los diferentes segmentos de la economía de subsistencia (a partir sobre todo de las estrategias domésticas o comunitarias de los hogares); y iii) la capacidad de intervenir por parte del Estado en la contención y gestión social de tales excedentes a través de políticas de asignación de ingresos.

Nuevas condiciones de producción, gestión y necesidad de control social de los excedentes de fuerza de trabajo

En un pasado reciente, bajo el modelo de desarrollo industrial fundado en la sustitución de importaciones, el crecimiento estaba acompañado de niveles relativamente bajos de desempleo, que favorecían la movilidad del sector informal de subsistencia hacia actividades cuasi-informales o modernas de productividad media. Muy pronto, esta movilidad social resultó seriamente clausurada, debido tanto al cierre de estas empresas ante la competencia de sectores concentrados –nacionales o internacionales–, así como a la presencia de una larga “cola de espera” generada por los cesanteados de las actividades reconvertidas o en crisis, quienes pasaron a competir en los mercados secundarios y terciarios por oportunidades laborales escasas y de menores ingresos¹⁶.

Siguiendo la línea argumental hasta aquí trazada, cabe esperar que bajo un modelo de acumulación capitalista periférico –más o menos conservador o progresista–, sometido a un contexto de liberalización económica y globalización (economía “abierta”), la generación de excedentes de fuerza de trabajo sea una función de la capacidad limitada que tiene el sector moderno de generar o destruir empleos plenos, así como también de las más elásticas capacidades de creación y destrucción de empleos que ofrece el sector informal urbano –tradicional o de subsistencia–. De esta manera, el proceso de apertura económica parece inducir problemas de diversidad en la integración de los mercados laborales: concentración económica, diferenciales de productividad intersectorial, aumento permanente de las actividades marginales de subsistencia y, eventualmente, regulaciones laborales, mayor emigración laboral y asistencia pública. No siendo estos comportamientos el resultado de una falta de crecimiento sino del propio proceso de concentración, lo cual hace altamente factible que elevados ritmos de crecimiento logren que la desigualdad estructural se profundice en vez de retraerse, incluso a pesar de que logre reducirse la tasa de pobreza.

¹⁵ Si bien para el caso argentino este proceso ha sido ampliamente documentados por trabajos como los de Grassi (2003), Di Leo (2003), Golbert (2004), Dinatale (2005) y los reunidos en Andrenacci (2005), similares resultados arrojan no pocos estudios sobre otros países de América Latina. Al respecto, cabe sobre todo consultar los trabajos compilados en Franco y Lanzaro (2006), Barba (2008), Cattani y Cimadamore (2008), entre otros.

¹⁶ La mayor estructuración de los mercados más concentrados, por una parte, y alta concurrencia de oferta de fuerza de trabajo y de empleos de subsistencia en los mercados secundarios, crea escollos a la expansión del sector empresario cuasi-informal, inhibiendo el éxito de tales negocios, a la vez que obligando a los segmentos informales de subsistencia a desarrollar actividades de mayor precariedad y extralegalidad en el segmento terciario del mercado de trabajo.

En este marco, si bien los trabajadores calificados logran por lo general mejores oportunidades de inserción laboral, su utilización como fuerza de trabajo no llega a ser plena, al menos para la mayor parte de los sectores expulsados de actividades modernas concentradas o rezagadas o del sector público reconvertido. Una parte de los segmentos modernos sufre la caída en el sector informal de menor productividad, lo cual incrementa la competencia en el mercado secundario y terciario de subsistencia, agravando aún más la desprotegida situación económico-ocupacional de la población que depende de la economía informal. En ella se refugian sectores sumergidos estructuralmente en la pobreza, excluidos de la seguridad social y de los mecanismos de información, educación, integración social y ciudadana.

En cuanto a la génesis económico-social de estos excedentes de fuerza de trabajo, es posible reconocer una serie de mecanismos de tipo “estructural” –intrínsecos a un contexto de heterogeneidad estructural- que hacen posible y necesario bajo un modelo de economía “abierta” la constitución de un “masa marginal”, sea como masa desocupada, subocupada o emigrante, o, más frecuentemente, como expresión de una situación de intermitencia entre estas diferentes condiciones:

(a) La necesidad por parte de grandes y medianas empresas del sector moderno de aumentar la productividad (en función de incrementar su capacidad competitiva), a través de la incorporación de nuevas tecnologías y cambios en la organización del trabajo, genera la incorporación de fuerza de trabajo altamente especializada. En general, estos procesos han sido favorecidos por los rápidos avances tecnológicos mundiales y la disponibilidad financiera¹⁷. De este proceso también participa como agente expulsor el Estado, mediante el cierre de empresas públicas deficitarias y de obreros o empleados de baja calificación o con calificación tradicional (como resultado de las políticas de reducción del gasto público y de reformas administrativas). En ambos casos, debido en general a la necesidad de producir ajustes fiscales en correspondencia con los programas ortodoxos de ajuste.

(b) La apertura comercial y la desregulación de los mercados en los sectores modernos – antes protegidos- tecnológicamente rezagados y con baja capacidad competitiva, afecta negativamente la sustentabilidad de numerosas actividades productivas tradicionales. En caso de superar la quiebra o cierre de la actividad, las empresas sobrevivientes no están en condiciones de reconvertir sus estructuras tecnológico-productivas, lo hacen generalmente a través de una reducción del nivel de actividad, a la vez que extienden el desempleo y la precariedad laboral. Los expulsados de estos segmentos, por lo general con niveles medios de calificación, aumentan su presión sobre los segmentos secundario y terciario del mercado de trabajo.

(c) Las actividades empresarias cuasi-informales preexistentes enfrentan amplias limitaciones para su reabsorción en mejores condiciones, incluso, en un escenario de crecimiento de la demanda agregada de empleo. En el pasado, bajo el modelo de sustitución de importaciones (economía cerrada), el crecimiento estaba acompañado por niveles relativamente bajos de desempleo que favorecían la movilidad del sector informal de subsistencia hacia actividades cuasi-informales o modernas de productividad media. Bajo el modelo de “economía abierta”, esta movilidad laboral se ve relativamente clausurada, debido tanto al cierre o ruina en que caen estas empresas ante la competencia de sectores modernos concentrados –nacionales o internacionales-,

¹⁷ La apertura comercial externa ha reducido significativamente el precio de los bienes de capital importados induciendo su sustitución tanto por mano de obra como por servicios de ingeniería que con anterioridad se producían localmente para extender el ciclo de vida útil de la maquinaria.

así como también a la presencia de una “cola de espera” generada por los cesanteados de las actividades reconvertidas o en crisis, quienes pasan a competir en los mercados secundarios y terciarios por oportunidades laborales escasas y de menores ingresos¹⁸.

(d) Por último, la demanda agregada de consumo bajo un modelo de economía heterogénea no sólo depende de los procesos de inversión, acumulación y reproducción capitalista que afectan tanto al sector concentrado como a los sectores de capital intermedios. Aunque correcta, este esquema interpretativo resulta parcial si no se considera además que –bajo un modelo de subdesarrollo dual y combinado– los excedentes generados por los procesos anteriores se desplazan de manera forzada hacia un mercado terciario de actividades de subsistencia de productividad nula –o, incluso, negativa–, lo cual se ve condicionado por el marco general que imponen tanto la dinámica de acumulación, así como también las condiciones de reproducción social en donde las unidades domésticas cumplen un papel activo y crucial. Esto a su vez no deja de tener impacto sobre los comportamientos macro socio-demográficos y socio-económicos¹⁹.

En este sentido, cabe suponer la existencia de una estrecha relación entre la dinámica de acumulación, los procesos de reproducción social, la formación de excedentes absolutos de población y la reproducción de una “economía de la pobreza” definida por su marginalidad económica. Esta marginalidad –tal como se señaló más arriba– no sólo se expresa en términos de desempleo sino sobre todo en la proliferación de variadas formas de subempleo vinculadas a actividades informales de subsistencia. Por lo mismo, en ausencia de políticas de desarrollo capaces de generar aumentos significativos de empleos productivos, sistemas de seguridad social universales y políticas públicas efectivamente redistributivas de los capitales físicos y simbólicos en juego, cabe esperar que la reproducción social de los excedentes de población dependa en buena medida de las estrategias defensivas llevadas a cabo por los hogares afectados por la marginalidad económica, el cual a su vez depende de la intensidad del “goteo” que tengan los sectores dinámicos sobre los mercados locales y, en igual sentido, las políticas públicas destinadas a asistir económicamente a dichos sectores.

Ahora bien, este proceso encuentra diferenciales importantes según se trata de una fase expansiva o recesiva del ciclo económico. En condiciones de expansión económica, si bien la mayor demanda de empleos productivos reduce la desocupación de los sectores intermedios, al mismo tiempo este proceso garantiza la reproducción de la masa marginal “afuncional” alrededor de un sector informal en crecimiento. De esta manera, durante estas fases se hace mucho más factible tanto la subsistencia económica como el control social de los excedentes marginados, sin que sea necesario establecer conflictivas negociaciones políticas ni económicas con los sectores oligopólicos y concentrados de la estructura económico-ocupacional. La dinámica económica hace su

¹⁸ La mayor estructuración de los mercados más concentrados, por una parte, y alta concurrencia de oferta de fuerza de trabajo y de empleos de subsistencia en los mercados secundarios de más baja productividad, crea escollos a la expansión del sector empresario cuasi-informal, inhibiendo el éxito de tales negocios, a la vez que obligando a los segmentos informales de subsistencia a desarrollar actividades de mayor precariedad y extralegalidad en el segmento terciario del mercado de trabajo.

¹⁹ Debe reiterarse que se sigue aquí la tesis ampliamente aceptada de la existencia de una estrecha relación entre las estrategias de subsistencia de las unidades domésticas y los procesos de reproducción social a nivel de formaciones subdesarrolladas. Estas estrategias generalmente desplegadas por fuera de los procesos de acumulación e integración social más avanzados, constituyen un mecanismo fuertemente asociado a las capacidades de supervivencia de los sectores excluidos de los procesos de modernización. Para una confirmación de esta tesis en el caso argentino en el contexto reciente, puede consultarse los trabajos de Isla, Lacarrieu y Selby, 1999; Hinzte (2004); Svampa, 2005; Gutiérrez (2004).

trabajo, lo cual si bien no garantiza mayor integración social ni equidad distributiva, sí al menos una aceptable paz interna.

En cambio, en los momentos de crisis la intervención directa del Estado resulta imprescindible y urgente. Por su intermedio resulta fundamental que los excedentes de población pueden ser “apaciguados” en función de garantizar la cohesión del orden social que requiere el pacto de gobernabilidad vigente. Cada nueva retracción económica deja como consecuencia una fuerte baja absoluta o renovación con mayor precariedad de los empleos de subsistencia. La masa marginal se moviliza entonces demandando a los sectores modernos condiciones básicas de subsistencia. Cada vez más, ello se hace siguiendo estrategias individuales, domésticas y comunitarias “extra legales” que tienden de manera potencialmente “disfuncional” a poner en riesgo la institucionalidad económica, el orden social e, incluso, el régimen de gobierno. En tal condiciones, las transferencias condicionadas de ingreso constituyen una pieza clave del control social.

De esta manera, la política social del Estado -en tanto encargado de regular los mercados y garantizar el control (cohesión) social-, así como las estrategias de aprovechamiento de recursos productivos propios y comunitarios que movilizan los hogares, asumen bajo el actual modelo económico un papel central en la gestión social de los excedentes de población. En lo fundamental, tal vinculación lleva a potenciar el impacto que pueden tener las estrategias domésticas sobre los procesos socio-demográficos, la organización del mercado de trabajo, en el patrón de distribución del ingreso y la evolución de la pobreza, e, incluso, los niveles de estabilidad social y control político interno que logra alcanzar el sistema (Salvia, 2009).

En este marco, cabe esperar que tengan especial proliferación una serie de tradicionales estrategias domésticas que hacen posible –de manera conservadora- la supervivencia de los marginados en condiciones de relativo control social: (a) estrategias reproductivas orientadas a alterar la estructura, organización y/o composición del grupo doméstico con el fin de mejorar los balances reproductivos al interior del grupo; (b) desarrollo de novedosas actividades informales -legales, extralegales o ilegales-, por lo general de muy baja productividad, con lógicas de funcionamiento diferentes a la informalidad tradicional; y c) estrategias de migración laboral nacionales y transnacionales desde mercados atrasados, con elevados excedentes de fuerza de trabajo y bajas remuneraciones laborales, hacia mercados con mayor desarrollo relativo y mejores remuneraciones, en donde la producción de bienes y servicios enfrenta escasez relativa de fuerza de trabajo²⁰.

Por su parte, la política social del Estado está obligada a sostener una serie de servicios públicos sociales (como son la educación, la salud, la seguridad social, etc.), que, aunque devaluados en su calidad (en comparación con los servicios que logran prestar los sectores privados), llegan a ser muy costosos a nivel fiscal. En paralelo a ello, una multiplicidad de programas asistenciales de transferencia de ingresos sirven para desplegar nuevas formas de reclutamiento político-social funcionales al control de los sectores más afectados por la pobreza.

²⁰ Este tipo de estrategias permite a los hogares con excedentes de población reducir gastos de consumo, a la vez que proveerse de transferencias de ingresos, sin necesidad de un desplazamiento completo del grupo (lo cual podría implicar perder las redes locales de ayuda mutua, volviendo la reproducción más costosa). Sobre este nuevo tipo de estrategias de movilidad migratoria, así como sobre las importantes alteraciones que experimentan las pautas de reproducción económica y social de los hogares y las comunidades que alimentan a dicha masa migratoria, cabe consultar los trabajos reunidos en Ariza y Portes (2008).

En este mismo sentido, surge como un hecho novedoso la constitución de “cuasi-mercados” formados por sectores reclamadores y por una oferta variada de programas de transferencia condicionada de ingresos dispuesta a asistirlos. En este marco, es claro que desde la perspectiva de los hogares marginados, el acceso a estos mercados constituye un componente clave de la subsistencia, sobre todo cuando el ciclo económico está en baja y, por lo tanto, el goteo de los mercados se reduce. Para ello los hogares tienden a ajustar su estructura, organización y capacidad de agencia en procura de acceder, sostener y/o ampliar estos beneficios²¹.

De esta forma, el modelo político-económico parece lograr un alto grado de cohesión social pero no por su capacidad para sumar a una porción cada vez mayor de excedentes de población sino gracias a que el goteo de los mercados dinámicos y el gasto público social focalizado permiten subsidiar estrategias domésticas y comunitarias destinadas a reproducir la subsistencia de quienes sobreviven en la marginalidad económica. A partir de lo cual se hace evidente que, dado un modelo de acumulación y distribución fundado en un desarrollo concentrado, dual y combinado que promueve la producción de excedentes absolutos de población, es clave transformar en “afuncionales” los excedentes absolutos de población. Esto, incluso, aunque en determinados momentos se pongan en peligro equilibrios macroeconómicos, dado que en su defecto lo que se pondría en riesgo sería la propia gobernabilidad del sistema político-institucional.

Reflexiones finales. Sobre ficciones y contradicciones en materia de desarrollo y políticas sociales.

El sendero seguido por el patrón de modernización argentino parece fortalecer la hipótesis de que bajo el actual modelo global de acumulación poco o nada puede hacerse sin una adecuada resolución de las condiciones de externas de aislamiento regional y de subordinación financiera, e internas en materia de heterogeneidad estructural y selectividad regresiva de las políticas de distribución del ingreso y de la riqueza acumulada. No menos relevante resulta confirmar que ha ocurrido tanto bajo un modelo de políticas “neoliberales” como bajo un modelo “neo desarrollista”, con tipo de cambio alto o tipo de cambio devaluado, en condiciones de crisis económica como de expansión económica, con alianzas políticas conservadoras como con consensos progresistas, etc.

Aunque cueste reconocerlo, es evidente que ningunas de las opciones polares aplicadas en caso que nos ocupa fueron capaces de resolver –por vía de un fenomenal crecimiento ni a través de una masiva política asistencial- la inclusión de la marginalidad estructural que alimentan a los excedentes absolutos de población no “necesarios” al desarrollo capitalismo periférico. En definitiva, al menos el problema al que nos enfrentamos no parece devenir del campo “simbólico” sino “estructural” (el cual, en realidad no es menos simbólico): el desarrollo capitalista argentino continúa siendo dependiente de una división internacional del trabajo y de patrones internos de concentración y distribución del ingresos que hacen imposible que el conjunto de su población logre participar del desarrollo económico y de un sistema de integración social.

En efecto, los límites estructurales del último proceso de modernización correspondiente al caso argentino deben ubicarse a partir de la emergencia y profundización de una matriz económico-institucional más heterogénea, desigual y

²¹ Una amplia serie de estudios cualitativos examinan para el caso argentino este tipo de estrategias de subsistencia, mostrando el modo en que ellas se articulan con procesos reproductivos de orden político-institucional asociados al control social. Véanse, por ejemplo, los trabajos compilados por Mallimaci y Salvia (2005); Salvia y Chávez Molina (2007); Dinatale (2005); entre otros.

subordinada que la vigente tres o cuatro décadas atrás. Ella ha sido capaz de fluctuar siguiendo los ciclos económicos, pero alrededor de una tendencia de claro retroceso en términos de pobreza y movilidad para las diferentes capas sociales de excluidos, generados tanto por la modernidad “inconclusa” como por el “exceso” de modernidad en el contexto de la globalización y la liberalización económica. En este marco, la marginalidad económica se ha constituido como parte de una “transición permanente”.

Las consecuencias directas de estos procesos de cambio estructural en el modelo de desarrollo se hacen visibles a través por dos hechos relevantes, y relativamente novedosos para la sociedad argentina: a) el desarrollo de una marginalidad económica asociada a un aumento de excedentes absolutos de una población excluida de todo progreso; y b) la proliferación de estrategias, planes, programas y acciones en materia de política social centralmente orientada a proveer de una transferencia monetaria de ingresos hacia los sectores más necesitados y conflictivos de esa masa marginal. En este marco, una variable interviniente no menos importante es que los momentos de crecimiento económico han estado acompañados de un aumento sistemático de la desigualdad, a la vez que la exclusión social ha seguido reproduciéndose acompañada incluso de un aumento de las capacidades de consumo de los hogares más pobres. Asimismo, durante los momentos de baja del ciclo, ambos tipos de fenómenos han tendido en general a agravarse, incluida la pobreza extrema, exigiéndosele al Estado políticas cada vez más comprometidas en materia de transferencias monetarias, a la vez que insuficientes para resolver los problemas de exclusión estructural.

Por lo tanto, sin nada cambia en campo del patrón de desarrollo, lo más factible es que ocurra lo que no ha venido aconteciendo durante las últimas décadas: las demandas de empleo y ciudadanía plenas habrán de subordinarse a objetivos devaluados en materia de control (cohesión) social, los cuales procurarán mantener la paz interna a un mínimo costo económico y político, pero sin necesidad de garantizar una efectiva integración social de los sectores excluidos por este proceso. En este marco, las políticas públicas orientadas a distribuir el gasto social -en tanto instrumentos que procuran subsidiar la reproducción social bajo un mínimo de cohesión-, así como las estrategias de aprovechamiento de recursos productivos familiares, sociales y comunitarios que movilizan los hogares, cumplen un papel clave en la administración social de los excedentes de población, con efectos directos sobre una serie de variables socio-demográficas, el funcionamiento de los mercados de trabajo, y por ende, en el patrón de distribución del ingreso y de evolución de la pobreza.

Bajo este contexto, un hecho relativamente novedoso se describe a partir de que los excedentes de población encuentran en las políticas sociales un extenso mercado de subsistencia asociado a reglas de intercambio político-institucional. Todo lo cual logra ser particularmente funcional al meticuloso control político que requiere el programa de concentración económica para que la marginalidad económica no se convierta en “disfuncional” al pacto de dominación vigente. En este punto, no deja de sorprender como la historia parece volver sobre sus propios pasos enriquecida de observables, mostrando una marginalidad fragmentada donde los excedentes de población continúan reproduciéndose acompañando a la nueva modernidad que ofrece la globalización.

Justamente, el interés central de este artículo ha sido querer destacar la existencia de condiciones que no sólo han mantenido activo sino que han profundizado el fenómeno de la marginalidad económica en América Latina, más allá de la forma histórica que ha ido adoptando el proceso de modernización. Nos referimos al particular efectos de exclusión, marginalidad y desigualdad que imponen la “heterogeneidad estructural” en un contexto de liberalización y concentración económica, en tanto rasgo característico

de sociedades periféricas sometidas a las leyes del subdesarrollo capitalista y, más recientemente, a la nueva fase de globalización de la economía mundial.

Sin duda, una lectura que busca mostrar las debilidades del paradigma de la marginalidad social en transición, la cual continúa siendo definida en términos ambiguos, confundiendo con la anomia, y que, por lo mismo, valoriza y legitima toda nueva política de asistencia a la cohesión social sin poder cuestionar las condiciones estructurales que la hacen tanto necesaria como posible.

Bibliografía

Andrenassi 2005 *Problemas de política social en la Argentina contemporánea* (Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento y Prometeo Libros).

Argüello, Omar 1981 "Estrategias de supervivencia: un concepto en búsqueda de contenido", en *Demografía y economía* en (México: El Colegio de México) Vol.15, N°2..

Bagú, Sergio 1970 *Tiempo, realidad social y conocimiento* (México: Siglo XXI.)

Barba, Carlos (comp.) 2008 *Retos para la Integración Social de los Pobres en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO.)

Barsotti, Carlos 1981 "La organización social de la reproducción de los agentes sociales, las unidades familiares y sus estrategias" en revista *Demografía y Economía* (México: El Colegio de México) Vol. 15, N° 2 (46).

Cardoso, Fernando 1970 "Comentario sobre los conceptos de sobrepoblación relativa y marginalidad", en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, (Santiago de Chile) N° 1 y 2.

Cattani, Antonio D. y Cimadamore, Alberto D. (Coords.) 2008 *Producción de Pobreza y Desigualdad en América Latina* (Bogotá: Siglo del Hombre Editores).

Centro de Desarrollo Social de América Latina (DESAL) 1965 *América Latina y desarrollo social* (Barcelona: Herder).

Cortés, Fernando 2006 "Marginación, Marginalidad, Marginalidad económica y Exclusión social", en *Papeles de Población* (México: Nueva Época) N° 47, enero-marzo.

Cortés, Fernando y Cuéllar, Oscar 1990 *Crisis y reproducción social. Los comerciantes del sector informal* (México: FLACSO y M.A. Porrúa Editores).

Danani, Claudia 1996 "Algunas precisiones sobre la política social como campo de estudio y la noción de población-objeto", en Hintze, Susana (comp.) *Políticas sociales. Contribución al debate teórico-metodológico* (Buenos Aires: CEA – CBC).

Di Leo, Pablo F. 2004 "Programa Jefes y Jefas de hogar y régimen social de acumulación neoliberal", en *Publicaciones del Instituto de Estudios y Formación de la Central de Trabajadores Argentinos* (Buenos Aires) Instituto de Estudios y Formación de la Central de Trabajadores Argentinos).

Dinatale, Martín 2005 *El festival de la pobreza* (Buenos Aires: La Crujía).

Franco, Rolando y Lanzaro, Jorge 2006 *Política y Políticas Públicas en los Procesos de Reforma de América Latina* (Buenos Aires: FLACSO- Naciones Unidas).

- García, Brígida.; de Oliveira, Orlandina y Muñoz, Humberto 1982, "Familia y trabajo en México y Brasil: en *Estudios Sociológicos* (México: El Colegio de México) Vol. 1, N° 3, setiembre-diciembre.
- Germani, Gino 1963 *Política y sociedad en una época de transición* (Buenos Aires: Paidós).
- Germani, Gino 1973 *El concepto de marginalidad* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Golbert, Laura 2004 "¿Derecho a la inclusión social o paz social? Plan Jefas y Jefes de Hogar desocupados", en *Serie Políticas Sociales* (Santiago de Chile: CEPAL) N°84.
- González de la Rocha, Mercedes 1987 *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara* (México: El Colegio de la Jalisco).
- Grassi, Estela 2003 *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame* (I) (Buenos Aires: Espacio).
- Gutierrez, Alicia B. 2004 *Pobre como siempre... Estrategias de reproducción social en la pobreza* (Pcia. de Córdoba: Ferreyra Editor).
- Isla, Alejandro; Lacarrieu, Mónica y Selby, Henry 1999 *Parando la Olla. Transformaciones familiares, representaciones y valores en tiempos de Menem* (Buenos Aires: FLACSO-Norma.)
- Jelín, Elizabeth 1980 *La unidad doméstica como unidad de análisis*, Documento presentado al Taller sobre Estrategias de Supervivencia, PISPAL-CEUR (Buenos Aires)
- Lange, Oskar 1966 "Marxian Economics and Modern Economics Theory" en *The Review of Economics Studies* (Horowitz), vol. II, págs. 189-201
- Lomnitz, Larissa 1975 *Como sobreviven los marginados* (Mexico: Siglo XXI).
- Mallimacci, Fortunato y Salvia, Agustín (comps) 2005 *Los nuevos rostros de la marginalidad* (Buenos Aires: Biblos).
- Margulis, Mario 1980 "Reproducción social de la vida y reproducción del capital", en *Revista Nueva Antropología* (México) Vol. IV, N° 13-14.
- Marín, Juan Carlos, Murmis, Miguel y Nun, José 1968 "La marginalidad en América Latina: Informe Preliminar" en *Documento de trabajo* (Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella. Centro de Investigaciones Sociales) N° 35.
- Minujín, Alberto y Kessler, Grabiél 1995, *La nueva pobreza en la Argentina*. Editorial Plantea (Buenos Aires).
- Nun, José 1969 "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal" en *Revista Mexicana de Sociología* (México, D.F.: UNAM) vol. 5, n° 2.
- Nun, José 1987 "La teoría política y la transición democrática" en Nun, José y Portantiero, Juan Carlos (eds) *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. (Buenos Aires: Puntosur).
- Nun, José 1999 "Nueva visita a la teoría de la masa marginal", en *Revista Desarrollo Económico*, IDES (Buenos Aires) vol. 39, N° 154.
- Nun, José 2001 *Marginalidad y Exclusión social*, (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Pegoraro, Juan. S. 1995 "Teoría social, Control Social y Seguridad. El nuevo escenario de los años 90", en Pavarini, Massimo y Pegoraro, Juan S. *El control social en el fin del*

siglo (Buenos Aires: Secretaría de Posgrado. Facultad de Ciencias Sociales. Oficina de Publicaciones, Ciclo Básico Común).

Pinto, Aníbal 1970 “Heterogeneidad estructural y modelo de desarrollo reciente de la América Latina”, en *Inflación: raíces estructurales* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica).

Pitch, Tamar 1996 “¿Qué es el Control Social?”, en *Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales*, (Buenos Aires - Santa Fe) N° 8.

Prebisch, Raúl 1949 El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas (E.CN.12/89) (Santiago de Chile: Naciones Unidas).

Prebisch, Raúl 1970 *Transformación y desarrollo: la gran tarea de América Latina* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica).

Quijano, Aníbal 1971 *Polo marginal y mano de obra marginalizada* (Santiago de Chile: CEPAL).

Salvia A. 2007 “Consideraciones sobre la transición a la modernidad, la exclusión social y la marginalidad económica. Un campo abierto a la investigación social y al debate político” en Salvia Agustín. y Chávez Molina Eduardo (comps.) *Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares de la Argentina*. (Buenos Aires: Niño y Dávila).

Salvia Agustín y Chávez Molina Eduardo (Coords.) 2007 *Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares de la Argentina* (Buenos Aires: Niño y Dávila).

Salvia, Agustín; Comas, Guillermina; Ageitos, Pablo; Quartulli, Diego y Stefani, Federico 2008 “Cambios en la estructura social del trabajo bajo los regímenes de convertibilidad y post-devaluación. Una mirada desde la perspectiva de la heterogeneidad estructural” en Lindemboim, Javier. (comp.) *Trabajo, Ingresos y políticas en Argentina. Contribuciones para pensar el siglo XXI* (Buenos Aires: Eudeba).

Salvia, Agustín y Pla Jesica 2008 “Cambios en el proceso de reproducción social de los hogares del Gran Buenos Aires” en *Programa Cambio Estructural y Desigualdad Social, IIGG-FCS-UBA* (Buenos Aires: Inédito).

Svampa, Maristella y González Bombal, Inés 2001 “Movilidad social ascendente y descendente en las clases medias argentinas: un estudio comparativo” en *Serie documentos de trabajo N° 3* (Buenos Aires. SIEMPRO).

Svampa, Maristella 2005 *La sociedad excluyente* (Buenos Aires: Taurus).

Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián 2003 *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, (Buenos Aires: Ed. Biblos),

Sweezy, Paul M. 1958 *Teoría del Desarrollo Capitalista* (México: Fondo de Cultura Económica.)

Torrado, Susana 1978 “Clases sociales, familia y comportamiento demográfico: orientaciones metodológicas”, en revista *Demografía y Economía* (México: El Colegio de México) N° 36.

